

C A R A Y C R U Z

Por IGNACIO AGUSTI

un turista que sea mejor

SE ha hablado mucho del turismo reducido a cifras globales. Sabemos que la masa de los forasteros que nos visitan rinde al cabo del año equis millones de dólares. Del turismo tenemos una noción global y, desde luego, epidérmica. Nos preguntamos muchas veces qué es lo que lleva a los extranjeros a pasar sus vacaciones en España; unos creen que es simplemente la luz del sol, otros el bajo costo de la vida en España; y unos terceros opinan, de una manera bastante peregrina, que la mayor parte de los extranjeros vienen a España con el solo propósito de beber vino. Sea como sea, para muchos de los españoles la palabra «extranjero» o la palabra «turista» son términos globales y generalizadores. Nos olvidamos de que no hay dos extranjeros que sean exactamente iguales; que los hay de muy distintas nacionalidades y razas, de muy distinta condición social; que los hay altos, rubios, los hay morenos, los hay ricos y pobres. En una palabra: pasa con los extranjeros lo que, más o menos, pasa con los españoles, que cada uno tiene su peculiaridad.

Traducido en dólares nos da igual que un extranjero sea gordo o flaco, que sea del «Midi francés» o de la «nórdica Suecia». Pero traducido en capacidad de comprensión y de cortesía, cualquier diferenciación de matices debiera de ser tenida en cuenta por nosotros. No cabe la menor duda de que una sana política de atracción de forasteros —según la terminología empleada hace unos años— tiene que empezar por saber discriminar la calidad, las costumbres, las aspiraciones de esos forasteros.

En este aspecto, a nosotros nos agrada cruzar la zona que separa al mes de agosto del mes de septiembre y comprobar que ese tránsito del calendario implica una mejora de la calidad humana del forastero que entra por nuestras fronteras. A oleadas de forastero en autocar y camiseta y a la carga que se vacía por nuestras playas, sucede en septiembre un turista de «old world», comedido y elegante, que no deja de ponerse la chaqueta para bajar al comedor y que, en general, va acompañado de una dama de agradable sencillez. Ha pasado ya el tiempo de los foragidos de barba y «slips», que se tostaron al sol en agosto. Los hoteles y residencias cobran una resuelta suavidad y el alcohol de los aperitivos vuelve a tener la chispa cándida del sosiego.

Ante este acontecimiento se nos ocurre que las medidas encaminadas a acrecentar el turismo debieran de tener también, simultáneamente, la tendencia a mejorarlo. Es inútil que vayamos distribuyendo carteles «Spain is different», válidos para la gestión multitudinaria y excelentes para que en el mes de agosto no quede una sola cama libre en toda la extensión peninsular. Preparamos también las camas del otoño con la atracción de un mejor turismo, capaz de comprobar que en España el sol de otoño es mejor todavía que el del verano; que el mar de otoño es tan bueno o mejor que el mar veraniego, puesto que el agua es transparente, clara y fresca; obliguemos o invitemos a los dueños de hoteles y residencias a acondicionarlos para una prolongación de la temporada. Y solo entonces podremos considerar que España es verdaderamente distinta.

mi amigo emilio grau sala

mi amigo el pintor Emilio Grau Sala pintaba los plafones del restaurante «Glaciers», de la Plaza Real de Barcelona, encaramado en una escalerilla que yo le sostenía en los momentos clave de su inspiración, cuando el «trémolo» de su pincel se hacía más apasionado. Me parece recordar que Emilio Grau Sala cobró por esas pinturas la estimable cantidad de 700 pesetas, naturalmente pesetas del año 1933. Esos plafones existen aún hoy, ciertamente un poco destefidos, pero vigorosos de intención y graciosos como entonces. Cada vez que los miro los aplaudo con la sensibilidad cordial de los años que han pasado, y aplaudo el tiempo en que Emilio Grau Sala y yo, después de una jornada de buen trabajo —él como artista y yo como sostenedor de escalera— nos íbamos alegremente a gastar dos de sus duros de plata recién cobrados en una cena succulenta. Después de la cena, nuestro itinerario era el de las Ramblas barcelonesas anteriores a nuestra guerra civil. Nuestra última estación era el camerino de Margarita Xirgu en el teatro Principal: todas las noches entrábamos a saludarla y a charlar con ella y con Federico García Lorca; muchas noches vimos amanecer, en la casita que la gran actriz tenía en Badalona y en la que Federico García Lorca, muchas veces, nos había asombrado, sentado al piano, con sus canciones andaluzas.

¡Tiempo pasado, memorable virtud de unos

viajar es soñar

La condición suprema del viaje no es el viaje en sí, sino las ganas de hacerlo. Querer viajar es ya lanzarse al mundo. Por eso quizá Grau Sala y yo no hemos perdido el tiempo. Quizá nuestros viajes y nuestras latitudes no son los que hubiéramos querido hacer y conquistar; pero las islas posibles existen en nosotros como si ya las hubiéramos visto y vivido. Tanto él como yo vivimos del regreso de las ninfas indígenas.

Lo primero que se requiere, pues, para viajar es una capacidad de ensueño; la capacidad de inventarse los países. Alvaro Cunqueiro, el gran escritor, es para mí el primer viajero del mundo porque en cada recodo de su múltiple espíritu vive un país que se ha inventado. Alvaro Cunqueiro conoce islas que son solo suyas, entre ellas las ya famosas islas de las Cotovías, instaladas en un meridiano imaginario, terreno de dioses galiecos, tumba de aparecidos, habitáculo de pájaros parlantes. Sin necesidad de marcharnos a semejante país podemos, sin esfuerzo, en esta tarde de domingo, viajar a la Venecia de Byron; y ver el mundo apasionado del romántico, reflejado en los canales y reconstruido en los palacios.

Cuando toda la literatura juvenil actual escarba en las heces del más abyecto realismo, ¿no resulta acaso prudente viajar de ese otro modo? Yo no cambio un párrafo de Cunqueiro, que es mentira, por uno de esa novela falsamente social que acabo de leer y que a lo mejor —solo a lo

años, infinita tristeza de las ocasiones difusas y de los amigos perdidos, de la irreparable madurez!... En cierto momento habíamos pensado aprovechar, Emilio Grau Sala y yo, la oportunidad que Margarita nos brindaba de irnos con su «troupe» a tierras de América. Jamás me he arrepentido de no haberlo hecho, pero en esta tarde de domingo en que escribo me gustaría hablar con Emilio Grau Sala de todas estas cosas: de Margarita y de Federico, de los plafones del «Glaciers», de la escalerilla y de nuestras cenas de cinco pesetas.

Emilio Grau Sala vive en París, creo que en la misma esquina en que vivió Modigliani y casi sobre el mismo suelo en que aconteció la tragedia de la mujer del pintor. Vive frente a un patio diminuto pero frondoso, mordido por las hiedras, sobre las que cae en otoño la lluvia de París, que es la más literaria y la más hermosa de las lluvias. En el habitáculo de Emilio Grau Sala se arraciman recuerdos y botes de pintura, pinceles, pipas y collares. Cuando atardece, la luz da en el rostro de Emilio Grau Sala y en sus bigotes fluidos y su mirada se entristece y su corazón se llena de músicas lejanas.

Cuando teníamos dieciocho años Emilio Grau Sala y yo siempre pensábamos que un día cogríamos un barco y nos íbamos a cruzar el mundo, y tal vez, si encontráramos una isla adecuada, nos quedáramos allí, a vivir con las ninfas nativas. Pero nada de eso ha ocurrido, según se ve.

mejor— es verdad. Porque en arte no se trata de decir verdades, sino sencillamente de cómo decirías. Desde luego, para que nos resulte verdadero un libro, es necesario que antes, y por encima de todo, nos resulte verdadero su autor.

Yo me dispongo ahora a emprender un viaje auténtico; nada tendrá de literario ni de ensañador; dependerá simplemente de la movilización de mi persona hacia otros horizontes. Cuando estas líneas aparezcan yo estaré en la vieja y noble ciudad de Frankfurt del Maine, por mí tan conocida, tan hollada. Pero yo no viajaré pasado mañana; estoy viajando hoy, mientras escribo. Cuando todo este ensueño se haga carretera y aduana el viaje ya habrá dejado de existir. Los árboles, los ríos, las comarcas son todas la misma. Lo único que cambia y viaja es el corazón del hombre.

Yo estoy viajando ahora no hacia el Frankfurt donde se celebra una reunión de editores y que va a ser dentro de unos días el centro mercantil del negocio del libro. Yo voy esta tarde hacia el Frankfurt de Goethe, en el que zumbaban los proyectiles de la guerra de Sucesión y había una dama rubia tocando un clavicémbalo.

Yo cambiaría con gusto la posibilidad técnica que tendrán mis nietos, si algún día los tengo, de ir a instalarse a Venus, por el hechizo inigualable de pasearme por la historia a mi antojo; por la terrible urgencia que tengo en este instante de volver a Roma, pasear por sus calles y coger del brazo y charlar un rato con un amigo mío llamado Virgilio.